

Los viejos de pueblo van al infierno

Un día más, el bien llamado *viejo de pueblo* (*vetulus rusticus*) adelanta por la etílica al resto de polimedicados y tensionaltómanos.

Nuestro hombre, a la espera de un destilado dionisiaco que —debido a esa urgente necesidad de estar siempre en los espacios antes que nadie— por poco le sabe a mosto, fabula e inventa teorías de la gerontoconspiración, reescribe mentalmente viejos bulos asustaviejas, busca el tomate exacto con que desfrutar al hortelano rival y, en definitiva, le da sentido a ochenta y ocho años lejos del infierno.

Porque sí, no prostático lector: al igual que los rockeros y los tertulianos de Telecinco, el *classicus viejales* promociona a dar paseos junto a Virgilio y Dante —sin ser mi hombre muy devoto de la Literatura, ni falta que le hace—.

Y el descamisado granuja, nuestro viejo incontinente —renal y léxico— le suelta a quienes osan recordarle su destino *post mortem*:

—Con el calor que va a hacer allí, mejor será que den gazpacho, no churros.

Porque este viejo *cachondo* —refiriéndonos a la más jocosa acepción de la palabra, por favor, no me malinterpreten—, una vez, quizá en su catequesis de posguerra, escuchó que en el cielo le iban a convidar con chocolate y churros, toda una delicia en su más cruda y llena de gachas juventud. Sin embargo, y una vez aceptada su condición de alborotador en colas de banco y hospitales, el *vetulus rusticus* fue, poco a poco, dándole forma a una lógica de la salvación desde una perspectiva absolutamente inversa; esto es, don Alfredo —por nominalizar de alguna forma a nuestro sujeto arrugado— se sabe malvado, revoltoso y heterodoxo. Es consciente de su maldad no mala, porque él no va por ahí haciendo ningún tipo de perversidad genuina ni premeditada, pero la culpa de haber podido ser más bueno va pinchándole en la rabadilla cual enfermedad del alma siempre mal cuidada y bien dejada al tiempo.

Alfredo desliza el crucigrama del periódico a un lado de la mesa, levanta la vista, se quita las gafas de cerca y comienza su oficio imaginario de quiropráctico silogístico, actuando en el nombre del dios que conoce: «Pa'rrriba no voy a ir», comienza, con el gesto torcido; después le busca el fallo a lo ultraterrestre: «Pero, oye, en el cielo hay

nubes, y cuando las nubes tapan la sierra, ¡no veas tú el fresco que hace!»; y, por fin, se convence de que el infierno, lo subterrestre, la llama viva sin complejos, será su próxima residencia; «Pues nos vamos pa'bajo, macho. Así no tengo que subir escaleras». Y el último paso en la consecución lógica de su convencimiento es, como todo fin humano, un deseo: gazpachito fresco servido por un funcionario torturador, que no todo va a ser abrazarse allí abajo y no siempre tuvieron a Sísifo cargando con la piedra.

Un día como cualquier otro —porque los días del anciano también son días humanos—, mientras los vejetez degustan un vino de pitarra en el bar, entre avinagrado y mortal, nuestro don Alfredo, entre socarrón y profético, se atreve a comentar hasta dónde ha llegado su razonamiento sobre la maldad humana y su consecuente desenlace casi-fatal no-del-todo-malo. Primero se lo comenta a Martina, viuda de un torero corneado lustros ha y mujer muy ajena a cualquier siglo eclesiástico.

—Pues me parece muy bien, Alfredo, ¿qué quieres que te diga? —responde la taurina vieja, con un poco de aflicción contenida, sin mucho respeto hacia el resto de señoras, pero sin perder un ápice de la calma con que se da la razón a las preguntas filosóficas extremadamente serias.

Y Alfredo se ríe, y otros cuervos viejos que ocupan su espacio definido en las sillas taberneras se ríen, y ciertos vejetez de paso y beatas recién comulgadas se santiguan, con premonárquica afectación, sin querer ni desear comprender que la lógica del humor y la Palabra es, en el bar, el último refrigerio antes de lo inevitable.